

LA AYUDA MOZARABE EN LA RECONQUISTA DE TOLEDO

El arraigado significado de Toledo a lo largo del período de la Monarquía visigoda se halla fuera de toda duda como personificación del sentido nacional en su doble aspecto político y religioso.

El establecimiento de la capitalidad de la monarquía visigoda, la conversión al catolicismo del pueblo visigodo tras la formulación del rey Recaredo en el III Concilio de Toledo (587) y la labor posterior derivada de la aplicación orgánica del conjunto de decisiones y leyes acordadas en los Concilios, así como la puesta en práctica del resto de disposiciones político-administrativas adoptadas desde la propia corte toledana, vinieron a conformar básicamente el espíritu y conciencia nacionales irradiado y modelado desde la propia capitalidad nacional toledana.

Ante la llegada paulatina de los árabes, tras su irrupción y conquista peninsular a partir del 711, sabemos positivamente que la masa poblacional indígena se mantuvo sobre sus lares y tierras, excepción hecha de buena parte de la élite política, noble y religiosa, que buscó su salvaguardia y libertad de acción en la huida hacia el Norte, desde donde arrancarían los inicios del movimiento liberador patrio que se prolongaría a lo largo de siete siglos.

Tras la consolidación del dominio musulmán, el sentido nacional que pervivía en las entrañas populares y sus rectores no conoce otra aspiración que la de restaurar su anterior estado perdido. Como decía el Epítome Universal Ovetense del año 833, desde "Los reyes godos de Oviedo hasta el último siervo combaten, según circunstancias y modalidades, por la restauración de la España añorada, tanto de día como de noche, hasta que la expulsión sea ordenada por la predestinación divina". Pensamiento y frases que se repetirían sucesivamente tanto en la Crónica de Alfonso III como en el resto de la historiografía de la época.

La permanencia sobre sus lares de la mayoría de la masa poblacional indígena encontró en Toledo uno de sus mayores exponentes, dentro de la zona ocupada y dominada por el árabe invasor, en razón lógica de haber radicado la capitalidad nacional y concentrarse sobre la misma buena parte de los fugitivos procedentes de la zona Sur.

Con independencia de aquellos que por diferentes motivacio-

nes y circunstancias renegaron de su fe y condición nacionales, la masa poblacional indígena toledana que mantuvo íntegras su doble característica nacional y cristiana vino a constituirse en la más numerosa entre las conocidas con el sobrenombre de "mozárabes" con el consiguiente entrelazamiento, intervención e influjo en las actividades sociales.

La propia inferioridad numérica de los invasores, su diferenciación de clanes y familias árabes y bereberes que se disputaban la rectoría política, así como el establecimiento de la capitalidad política y cultural del Emirato en Córdoba, favorecieron el estallido de rivalidades y luchas intestinas entre los clanes musulmanes, agravadas por su dispar adscripción a las peculiaridades dinásticas, que arrastraron en su conjunto de desobediencias y rebeldías a la minoría mozárabe toledana viéndose inmersa e incorporada, de grado o por fuerza, en el conjunto de acontecimientos que vinieron a llenar la vida política toledana hasta la reconquista de la Ciudad en 1085.

Ello vino a favorecer un mayor grado de entendimiento general derivado de las supuestas ventajas que todos los sectores implicados intentaban conseguir para mejorar de condición, caso de lograr su independencia frente a Córdoba, lográndose, pues, una suavización de relaciones entre los tres grupos de árabes, mozárabes y muladíes, que al suprimir buena parte de mutuos recelos vendría a facilitar mayor base de interrelación social sucesivamente ampliada y afianzada a través de los matrimonios mixtos, uniones ilegítimas, negocios, comercio, etc., aunque la misma conociera en alternancia de momentos las lógicas salpicaduras del dominio del vencedor.

La fluidez de movimientos poblacionales entre las zonas Sur, Centro y Norte peninsulares, en base a la tolerancia general practicada, constituyó un sumando más en el ambiente de convivencia y entendimiento de los grupos poblacionales de Toledo, máxime si consideramos la ausencia de predisposición pública y generalizada al martirio entre los mozárabes toledanos que de manera tan abierta les diferenció de los cordobeses, evitándoles similares persecuciones y ejecuciones así como el lógico deterioro en la valoración de su interrelación social e influencias.

El mozarabismo toledano, junto al mantenimiento de su peculiar fisonomía y características cristianas y nacionales, se alineó, de grado o por fuerza, con la minoría árabe local en su lucha fren-

te a Córdoba soportando las incidencias de la lucha a lo largo de los siglos VIII, IX y X, en tal grado de identificación, que compartió a lo largo de dicho período tanto las represalias de los emires cordobeses como la ayuda de los reyes cristianos de León, no encontrando obstáculo alguno para orientar el paso de buena parte de sus miembros y gentes a repoblar las tierras cristianas de los valles del Duero y del Tormes. Indistintamente, pues, Toledo seguía siendo la "Urbs Regia" de la Crónica Mozárabe del 754 como la Madinat al-Muluk árabiga, como reiteraría siglos más tarde el escritor Al-Gazvini en su obra Ayib al majluqat.

La participación formal toledana en las luchas contra la rectoría de Córdoba, con la activa incorporación de los núcleos mozárabes locales, iniciadas desde la rebeldía de Yusuf al-Fihri y al Sumayl contra el emir Abd al-Rahman I, vendría a constituir el prólogo en la mayor afirmación propia de los núcleos mozárabes toledanos derivada de su colaboración y participación, de grado y por fuerza, en la lucha entablada por los rectores árabes locales.

Luchas y enfrentamientos que tras sucesivas alternativas de sumisiones ficticias y nuevas rebeldías a lo largo de los años 757, 761 y 765, culminarían en la declaración de independencia de Toledo bajo el mando de Sulayman frente a su hermano Hisham entronizado en la sede de Córdoba a la muerte de su padre el emir Abd al-Rahman I.

La adscripción de los toledanos con los qaysies en su lucha contra la rectoría de Córdoba inicia, pues, la colaboración sistemática e incorporación activa de los grupos mozárabes toledanos que compartirán los riesgos de las luchas y la natural contrapartida de su mayor estima e influjos en la vida social local.

De ahí que con motivo del nuevo levantamiento instigado por Unayda b.Humayd en el año 797, el emir cordobés al-Hakam enviase al feroz gobernador Amrus b.Yusuf con órdenes de represión máxima que ocasionaron la conocida y trágica "jornada del foso", en la que según las crónicas llegaron a perecer cerca de 5.000 toledanos y cuyos efectos mantendrían más sumisa a Toledo hasta el año 829, en el que una nueva reacción comandada por Hasim al-Darrab arrojaría a las fuerzas cordobesas del emir Abd al-Rahman II.

Las incidencias del nuevo levantamiento sostenido fundamentalmente por mozárabes y muladíes obligaría a sucesivas campañas, mandadas respectivamente por el gobernador Muhammad b.Wassin

y el príncipe Umaiya, así como por el propio Abd al-Rahman que llegaría a sitiar infructuosamente a Toledo en el año 835. La prolongación del asedio por el hermano del emir, príncipe al Walid b.al-Hakam, determinaría la rendición en el año 837 concluyéndose el período de ocho años de luchas contra los partidarios de Hassim.

El levantamiento mozárabe de Córdoba, las reacciones suscitadas con motivo de la predisposición al martirologio de los mozárabes cordobeses, así como las ayudas recibidas del rey cristiano de León, Ordoño I, determinarían otra nueva etapa de rebeldías en Toledo que tras deponer y encarcelar al gobernador desencadenaron la lucha abierta contra el emir Abd al-Rahman a lo largo del año 852. Por ello, ante tamañas reiteraciones y espíritu de independencia, el escritor árabe Ibn al.Qutiya, en su obra *Iftifáh*, (45-46), no duda en afirmar: “. . . los toledanos eran gente tan revoltosa e insubordinada que no hacían caso de los gobernadores, hasta un extremo al que jamás llegaron los súbditos de ningún país respecto a sus autoridades”.

Tras la conquista de Calatrava, los toledanos se adentraron en el valle del Guadalquivir, atacando a Andújar y amenazando a Córdoba desde muy cerca. La reacción del emir Muhammad daría lugar posteriormente a la gran batalla del arroyo Guadalacete, en las cercanías de Mora y a unos 25 km. de Toledo, en cuya desgraciada jornada sucumbirían los toledanos y la casi totalidad de los refuerzos cristianos leoneses enviados por el rey Ordoño I al mando del conde Gatón (junio de 854). La diversidad de las crónicas hacen ascender el número de bajas sufridas hasta un total de 20.000 combatientes, de los que 8.000 fueron toledanos, prácticamente en su mayor parte mozárabes. El arzobispo Ximénez de Rada en su obra *De rebus Hispaniae* califica la jornada con estas escuetas y graves palabras: “. . . de Christianis usque ad XII millia perierunt”. La toma de Toledo, subsiguiente a la trágica jornada del Guadalacete, se demoraría hasta el año 858 con el otorgamiento del “amán” o perdón iniciándose así la etapa del sometimiento más definitivo de los clanes árabes toledanos en relación a los emires cordobeses (1)

(1) Kitab al Iktifá, IV, 130.- Al Nuwayri en *Nihayab al-Arab*, VI, 205-206.

Con ello, Toledo, puede decirse que tan sólo estuvo sometida a Córdoba dos breves períodos de tiempo de 11 y 15 años respectivamente (785-796 y 837-852), habiendo permanecido el resto del tiempo en plena independencia de vida administrativa y realidad social frente a los emires de Córdoba.

Este largo proceso de luchas con la incorporación, de grado o por fuerza, de los núcleos mozárabes toledanos en las unidades combatientes junto a la suerte compartida y derivada de las incidencias de la lucha, vino indudablemente a reforzar y ampliar el influjo social de la minoría mozárabe toledana, facilitándose en tal grado su entremezcla en actividades públicas y sociales de todo tipo que determinarían sucesivamente su ascendencia e influjos.

El ejemplo de colaboración de los núcleos mozárabes toledanos en su lucha frente a los emires cordobeses tendría, posteriormente, nueva traducción a lo largo de la rebeldía de Umar ben Hafsun desde su fortaleza de Bobastro contra el emir Abdarrahan III, ayudando a sus hermanos cordobeses que constituían la base de las huestes sublevadas. La rendición y toma de Bobastro en el año 928 vendría a epilogar trágicamente la ayuda mozárabe andaluza constituyendo el preludio de la toledana.

“... Yahya cumplió su cometido a la perfección metiendo en el asunto a Yafar b. Maqsin, obispo de Bobastro, Abdallah b. Asbab b. Nabil y Wadinas b. Attaf, cristianos principales de Ibn Hafsun y soportes de su estado, y a los cristianos que estuvieron con ellos pues eran la mayoría de los hombres y guerreros de Ibn Hafsun. . . (Crónica del califa Abdarrahan III an Nasir entre los años 912 y 942. Al-Muqtabis V. Trad. de María Jesús Viguera y Federico Corriente. Cp. 74, pág. 95)

La corriente de simpatías, ayudas y conductas toledanas, tras el episodio de Bobastro, decidieron al califa Abdarrahan III a emprender el sometimiento definitivo de Toledo, ya que el sometimiento anterior logrado en tiempos de Abdarrahan I se demostraba más ficticio que real, organizándose la aceifa o campaña del

Ibn Idari en Al Bayan, II, 96, 98, 114. Ibn alJatib en A. Alam, pág. 21. Sánchez Albomoz en La Jomada del Guadalecete, en B.R.A.H., 1932, etc.

930. Tras acampar sobre el río Algodor y cercanías de la fortaleza de Mora, el califa se asentaría frente a la ciudad en la vega de Chalencas junto al Tajo y cercanías de la actual Azucaica, no dudado en llevar sus unidades combatientes hasta el propio cementerio y puertas de las murallas, permaneciendo a lo largo de 37 días talando y destruyendo cosechas y enseres de los alrededores con ánimo de forzar la rendición, a cuyo logro se sumaron los señores de las fortalezas de Canales y Afamén que se apresuraron a prestarle obediencia. A pesar de su determinación y ayudas no logró la rendición de la ciudad marchando a Córdoba en julio de 930 dejando frente a Toledo un fuerte ejército que debería seguir en el empeño al mando de su visir Said b.al-Mundir. (Crónica del califa Abdarrahan III, trd. de Viguera y Corriente, cap. 189).

La importancia excepcional tanto política como militar que Toledo representaba, determinaría la segunda campaña del ya califa Abdarrahan III, cuyo título se había dado y hecho reconocer a partir del 19 de enero del año 929, asentándose nuevamente en la zona de Chalencas y entrando en la ciudad el 2 de agosto del año 932 otorgando el amán o perdón general, guarneciendo el alcázar y el llamado "ceñidor" sobre el río para residencia de los caides y la tropa, separándolo del entorno de la ciudad y uniendo la puerta del alcázar con la del puente, que vino a quedar exclusivamente en su poder, fuera del alcance de la población. . . (Cap, 215 y 216 de la citada Crónica del califa Abdarrahan III)

A partir del hecho mencionado de la rendición definitiva de Toledo al califa de Córdoba, se inicia, pues, un período de normalidad interna que lógicamente determinó mayor cohesión entre los núcleos locales equiparados en el infortunio de su sometimiento que vendría a facilitar el influjo de la minoría mozárabe y su aceptación social entre los dirigentes toledanos cuya traducción real en los acontecimientos posteriores vino a constituir el colofón de la convivencia e incidencias históricas comúnmente compartidas.

Creo, sinceramente, no se ha ahondado lo suficiente en orden a ponderar y justipreciar los antecedentes expuestos que constituyen la lógica explicación de la participación mozárabe en la reconquista.

A poco que se reflexione sobre el hecho no es posible imaginar y comprender el desarrollo de los acontecimientos posteriores, que desembocarían en la reconquista cristiana de la ciudad con la activa participación de la minoría mozárabe toledana, sin la com-

preñión y valoración del influjo social de la misma como consecuencia de sus mayores identificaciones con el mundo musulmán local en razón de las incidencias históricas compartidas en su alineación conjunta frente a Córdoba, equiparación en el infortunio de la derrota, ausencia de posturas y conducta proclives al martirologio en abierta oposición a la convivencia religiosa, etc., factores todos ellos que contribuyeron a una mayor estima social mutua, así como a mayor entremezcla de puestos e influjos en la vida pública del reino toledano, que originarían extremos de intervención desconocidos en otros lugares del mundo musulmán y muy superiores a los de cualesquier otra comunidad mozárabe nacional.

Tal vez, el hecho de constituir Toledo la frontera más inmediata coincidente, a su vez, con el momento de expansión de Castilla a lo largo del siglo XI, viniera a representar el factor aliado determinante de su puesta en acción facilitado por la propia debilidad musulmana acaecida tras el derrumbamiento del poder califal.

El desmembramiento del poder y rectoría de Córdoba acaecido tras la muerte de Almanzor (1002), originó, como es sabido, la aparición y constitución sucesiva de los reinos taifas musulmanes que con su debilidad congénita acarrearían la intervención alternativa de los príncipes cristianos en pro de la expansión nacional con la ayuda interna más o menos declarada de las minorías mozárabes locales.

El intento inicial tendría lugar en 1009, merced al levantamiento de los bereberes contra el intruso Muhammad ayudados por el rey Sancho García que tras entrar en Toledo no dudaría en proseguir con los rebeldes hacia Córdoba en su afán de desligarlos del influjo del emir. La reacción posterior de Muhammad y la reposición del califa Hisham II ocasionaría un período muy fluido presidido por continuas revueltas y discontinuidad en el ejercicio del poder que se prolongaría bajo Sulaymán con clara influencia de los gobernadores bereberes que preludiarían el nacimiento de los distintos reinos de taifas con la desaparición de la rectoría de Córdoba y la intervención clara y sistemática de los reyes cristianos en sus impulsos y acciones de reconquista.

Las acciones de armas del rey Fernando I de Castilla, padre del rey Alfonso VI, sobre los reinos taifas de Sevilla, Zaragoza y Toledo, determinarían el reconocimiento tributario de los mismos que en los que respecta a Toledo lograría tras sus victoriosas

campanas sobre las comarcas de Guadalajara, Alcalá y Madrid (2).

La visión y conocimiento que tuviera el rey Fernando respecto a la debilidad y frágil estado de ánimo político-social del mundo musulmán de su época tan íntegramente asimilado por su hijo, el rey Alfonso VI, facilitaría a éste su posterior intervención sobre el reino toledano al conjuntarse las circunstancias de descomposición interna, aversión al soberano reinante y temor a la intervención africana con la ayuda inestimable de la minoría mozárabe local.

En toda época y momento, las acciones de fuerza son consecuencia de la ponderación y valoración de las circunstancias político-sociales conocidas, que, en estos casos, cobraban indudable peso en razón de la inestabilidad continua de los príncipes taifas dada la multiplicidad de luchas intestinas por la consecución del poder, tratando de mantenerse por y para su servicio o provecho familiar, buscando para su mantenimiento alianzas y ayudas de cualquier tipo, olvidando la mínima trabazón política de sus respectivos territorios sobre cuyo suelo se entremezclaban poblaciones muy heterogéneas con auténtico trasfondo de oposición racial y sentimental que tan sólo mitigaba la convivencia tolerante impuesta.

La muerte del rey moro Almamún (28 de junio de 1085), desencadenaría el rápido proceso de descomposición y hundimiento de la dinastía de los Banu-Dil-Num, reinante en Toledo desde el año 1036, en base a la mediocridad, ineptitud, avaricia y falta de prestigio de sus sucesores, su hijo Hixem y especialmente su nieto Yahia Alcádir, bajo cuyo reinado se protagonizarían los acontecimientos de la reconquista de Toledo (1075-1085) (3).

¿Hasta qué punto, nos preguntamos, la minoría mozárabe toledana supo calibrar certeramente la debilidad político-social del reino taifa toledano y la aversión hacia su soberano Yahia Alcá-

-
- (2) Cronicón Silense, apt. 91, pgs. 194-195. Ximénez de Rada en *De rebus Hispaniae*, 1b. VI, cp. 12.
 - (3) Ximénez de Rada en *De rebus Hispaniae*, cp. XXII, libro VI. Ben Alcama en *Primera Crónica General de España*, cp. 866, folios 175 y 176. Cronicón de Sandoval.

dir, alentando y ayudando al rey Alfonso VI hacia mayores empresas que llevarían anexas la conquista del reino y la ansiada liberación?

La mejor prueba de su acierto y de la propia decisión del rey Alfonso en orden a llevar a la práctica los planes y medios más idóneos para conseguirlo, nos la ofrece el curso de los acontecimientos posteriores a las muertes de los reyes Fernando I y Almamún, respectivamente, protagonistas ambos del previo reconocimiento tributario del reino taifa toledano al de Castilla.

El hecho trascendentes de las luchas y derrotas de Alfonso VI frente a su hermano Sancho en Llantada y Golpejera, con su posterior destierro y refugio en Toledo para gozar de la protección de su tributario el rey Almamún en virtud del pacto sellado de por vida en tiempos de su padre el rey Fernando, constituye la base inicial de su proyecto y contactos formales con la minoría mozárabe toledana. A lo largo de los nueve meses que Alfonso permaneció en Toledo desterrado (1072), gozando de la hospitalidad de su tributario el rey Almamún, sus propias observaciones del terreno, ambiente y demás contactos con musulmanes y mozárabes acabaron por proporcionarle alentadoras esperanzas para la futura recuperación. (4)

La propia descripción tan difundida y pasada a la historia de su supuesto sueño en las huertas del rey Almamún, fingiendo no escuchar las consideraciones y planes de los consejeros de Almamún referidas a la mejor defensa de Toledo y procedimientos para evi-

(4) "... cómo durante 9 meses impelido por la necesidad cual desterrado de su patria gozase de la hospitalidad barbánica salva su fe y cómo se le distinguiese en grado máximo como a tan gran Rey por los sarracenos, paseando de acá para allá diese vueltas por Toledo a discreción" (Crónica Silense, núm. 9).

"... el rey de Toledo habiéndole tomado juramento de seguridad y establecido garantías para si y en la misma posesión real fabricó mansión apropiada para Alfonso y sus cristianos, para que tuvieran recreación cuánto quisieran y se ejercitara en la guerra contra los vecinos árabes en ayuda de Almamún y en tiempo de paz cazaba observándolo todo" (Ximénez de Rada en *De rebus Hispaniae*, cap. XV).

Asímismo, en parecidos términos, el Tudense, pág. 98.

tar su caída, que le llevaron a soportar impávidamente la prueba del vertido de plomo derretido sobre su mano como medio de convencimiento de su falta de escucha y certeza del imaginado sueño, viene a confirmarnos la creencia generalizada de los colaboradores de Almamún en las sospechas de sus observaciones y contactos tanto del terreno como con las gentes.

La personalidad fría y calculadora del rey Alfonso, no muy dotado de cualidades guerreras, máxime si las comparamos con las de sus capitanes tales como el Cid, los Ansúrez, Alvar Fáñez, etc., le inclinaba a suplir mediante planes muy preparados que su propia formación humanista le facilitaba, los logros que le negaba su no muy acusada capacidad de decisión y arranques personales.

La recuperación del trono tras la muerte de su hermano Sancho en el sitio de Zamora (6-10-1072), por Vellido Dolfos, así como la del rey moro Almamún en Córdoba (28-6-1075), que vino a aliviarle del compromiso firmado en vida de su padre, así como de la deuda de gratitud contraída por la protección brindada a lo largo de los nueve meses de su estancia en Toledo, vino a coincidir con la serie de revueltas y luchas intestinas que estallan en la corte toledana como consecuencia de la caída y muerte del antiguo visir de Almamún, el gobernador Al-Hadidi, apuñalado a la vista del rey Alcádir por los Banu Lawranki y Banu Muguit sobre los que Alcádir había confiado el gobierno (26-8-1075), constituyendo los jalones definitivos para la decisión alfonsina de intervención en los asuntos del reino taifa toledano.

Las ambiciones de los reyes taifas de Zaragoza y Sevilla sobre el reino toledano tratando de aprovecharse del débil Yahia Alcádir y del momento de confusión imperante en su corte, así como de las consecuencias y problemas que planteaba la desobediencia hacia Alcádir del gobernador de Valencia Abu Bark ibn Abd al-Azid, impulsarían al rey toledano a lanzarse en brazos de Alfonso como único medio de supervivencia, previa invocación de los antecedentes de amistad y pactos de su abuelo Almamún, viniendo a conjuntarse dicho llamamiento con los íntimos deseos y planes alfonsinos en pro de la recuperación del reino toledano.

A partir de aquí comienza la intervención abierta de la minoría mozárabe toledana, puesto que la certera suposición de los elementos fanáticos musulmanes de la corte, considerando que la ayuda alfonsina supondría su posterior intervención y consiguiente derrumbamiento de la dinastía, les llevó a inclinarse en pro de la

ayuda del rey moro de Badajoz, con la lógica contrapartida por parte mozárabe de ayudar en mayor escala a los elementos moderados musulmanes que preconizaban la ayuda cristiana, dado que de triunfar los clanes fanáticos empeoraría su natural situación y se esfumaría o dilataría en gran medida la recuperación nacional del reino taifa de Toledo.

El pulso entre las dos tendencias, moderada y fanática, presidirá el curso y desarrollo de los acontecimientos subsiguientes hasta el mismo momento de la reconquista.

La fase inicial, favorecida por la voluntaria pasividad del rey Alfonso que de esa manera entendía facilitaba en mayor grado sus exigencias ante el agravamiento de la situación de Alcádir, tras limitarse a contener los intentos del emir de Zaragoza, se resolvió a favor del rey Motawakil de Badajoz que con la ayuda de los elementos fanáticos se entronizó en el trono toledano (junio de 1080) obligando a Alcádir a huir y refugiarse sucesivamente en Huete y Cuenca. (5)

Los llamamientos de ayuda hacia Alfonso se suceden, lográndose firmar el llamado pacto o acuerdo de Cuenca por el que el rey Alcádir le cedía los castillos de Canturias y Zorita a más de las sumas de dinero exigidas, iniciándose así la puesta en marcha del plan alfonsino, en el sentido de imponer constantes y mayores contraprestaciones, simultaneadas con acciones de fuerza a base de correrías o razzias devastadoras que irían arrasando de continuo el territorio so capa de combatir a los enemigos de Alcádir, pero que se extendían indiscriminadamente a cualesquier zona creando general empobrecimiento y descontento ante la imposibilidad de detenerlas y rechazarlas haciendo más dificultosa la obediencia y posterior recaudación por parte de Alcádir.

El mentor de dicho plan era un mozárabe noble al servicio del rey Alfonso, llamado conde Sisnando, que tras haber servido anteriormente a su padre, el rey Fernando, se mantenía junto a Alfonso. Su conocimiento del mundo musulmán, puesto que en su juventud había servido en la corte sevillana de Moctamid, así como

(5) Ben Aljatib, fol. 220. Kitab al Iktifá, trd. de Gayangos, Menéndez Pidal en España del Cid, t. I, pág. 281, nota 3ª. Ben Bassam en su Dajira, IV, 122.

su pública y reconocida inteligencia bien apoyada en las informaciones y contactos con la minoría mozárabe toledana que le suministraba toda clase de noticias y referencias, permitía la metódica y sucesiva aplicación del plan ideado con objeto de evitar la súbita intervención de los demás reyes taifas musulmanes así como la de los almorávides africanos que pudieran alamarse ante el desplome del reino taifa toledano y su caída en manos del rey Alfonso (6).

La previsión y conocimientos del conde Sisnando venía a coincidir plenamente con la mentalidad del rey Alfonso, originándose un nuevo aspecto de la política castellana en la alternancia de guerra y ayudas. Las influencias derivadas de las corrientes europeas a través de las peregrinaciones jacobeanas, potenciando los aspectos de reconquista con los de reforma y atracción, hallaban fuerte eco en la mente de Alfonso a través de la influencia cluniacense, así como a través de sus matrimonios. Por tanto, en lugar de batallas formales se prefería el acusado y sucesivo deterioro político-social, entremezclándose la presión tributaria junto a la realización de las algaras o correrías sin miramiento alguno de tierra y personas, lográndose así el generalizado descontento y aversión hacia la corte de Alcádir ante el empobrecimiento e imposibilidad de pago, junto a la impotencia para refrenar y evitar dichas correrías.

La labor, pues, de convencimiento de la minoría mozárabe toledana sobre el cuerpo social musulmán, se hizo constante y persuasiva en aras de lograr la general inclinación hacia la protección cristiana, como medio rápido de suavizar la situación rechazándose la presencia del rey de Badajoz y los suyos. El fruto de la pasada identidad y suerte compartida en las luchas frente a Córdoba, junto a su ejecutoria cultural e influjo social, son bazas incuestionables que juegan para asegurar el logro de mejores condiciones, y, por ello, la corte mora toledana, en el declive de su fugaz existencia, no sólo tolera dichas intervenciones mozárabes sino que se apoya en sus más calificados miembros para llegar a Alfonso.

(6) El Conde Sisnando y la política de Alfonso VI, por Emilio García Gómez en *Al-Andalus*, nº 12. 1947.

Memorias del rey Abdallab de Granada, trd. de Levi Provencal y E. García Gómez. Alianza Editorial. Madrid, 1981.

El convencimiento del propio rey Alcádir y de los miembros más influyentes de la corte mora toledana, respecto a continuar e intensificar la colaboración y protección con el rey Alfonso, se abre paso de manera definitiva, por lo que, tras el pacto de Cuenca, comenzaron nuevamente las actividades militares en pro del reforzamiento de la situación de Yahia Alcádir. La sola presencia de las huestes alfonsinas en las cercanías de Toledo determina la huída del rey Motawakil a Badajoz sin pretender siquiera entablar combate (abril 1081), por lo que Yahia Alcádir entró de nuevo en Toledo, recuperando el trono previa entrega al rey Alfonso del casti- llo de Canales, sito a unos 30 km. de Toledo, a orillas del Guada- rrama, que con los anteriores de Zorita y Canturias permitían el control cristiano de las principales rutas de comunicación toleda- nas por Norte, Levante y Oeste.

Se iniciaba, pues, un auténtico protectorado del rey Alfon- so sobre las tierras del reino toledano a la espera de nuevos acon- tecimientos. Consta, fehacientemente, la tentación prematura del rey Alfonso de haberse apoderado de Toledo, que desechó por se- guir prefiriendo la aplicación del plan acordado, consistente en la exigencia y percibo de cuantiosas parias que le facilitaban el sos- tenimiento gratuito de sus tropas y la entrega de castillos o luga- res claves que además del control que le facilitaban presuponian el "sucesivo desmigajamiento de la población" con el consiguiente desfondamiento del resto, al margen del tiempo que conllevase la aplicación del plan y sistema dada la seguridad del desplome de la corte toledana, evitando así la venida de los almorávides africanos y de otros reyes taifas ante la conmoción que supondría la caída de Toledo. (Memorias del rey Abdallabn de Granada, cap. 36, fol. 30, a). (Idem., trad. Levi Provencal, pág. 46)

Ante esta situación, los elementos fanáticos de la corte tole- dana redoblaron igualmente sus actividades y peticiones de ayuda al emperador Yusuf y demás reyes taifas de la misma manera que los mozárabes y elementos moderados de la corte se coaligaban junto al rey Alfonso para tratar de sostener el débil trono de Alcá- dir prolongando la ficción de su mantenimiento. Esta situación de auténtica descomposición de la corte taifa toledana presidida por la lucha y sustitución de influencias para mantener su precario sos- tenimiento continuará hasta el final de los acontecimientos en ma- yo de 1085, salpicada de hechos que dan base a mayores interven- ciones.

La grave revuelta del 12 de mayo de 1082 supuso un paso más en el proceso descrito en pro de los planes del rey Alfonso que reforzaría su posición al reprimir la misma ordenándose la ejecución del alfaki Ibn Moguit y otros notables. La resistencia que intentaron prolongar desde Madrid el grupo que consiguió huir de la capital toledana fue prontamente dominada con la ayuda mozárabe y tropas alfonsinas como ponen de manifiesto las fuentes historiográficas. (Kitab al Iktifá, trad. de Gayangos, T. II, XXX. Ibn Bassam en su Dajira IV, pág. 126-127). Con anterioridad a la revuelta del 2 de mayo de 1082, el citado historiador Ben Bassam relata en su Dajira el episodio por el que los máximos componentes del bando africano trataron de convencer al rey Alfonso que cesara en su ayuda hacia Alcádir y se aviniese a las condiciones que ellos le ofrecían.

La existencia y data de tales aseveraciones así como la correspondencia mantenida entre Alfonso y el papa Gregorio VII en orden al restablecimiento del arzobispado de Toledo ante la seguridad de posesionarse de la ciudad y solemnizar doblemente su conquista, muestran palpablemente el proceso, plan y seguridad del rey Alfonso y los suyos. (Menéndez Pidal en *Adefonsus Imperator*, pág. 43 y *España del Cid*, 7ª edic. I, parte III, pág. 226).

A partir de la represión de la revuelta y consiguiente eliminación de buena parte de los disidentes musulmanes, el papel colaboracionista de los elementos mozárabes subió de tono así como fue mayor la tolerancia respecto de sus manifestaciones e iniciativas. En sus Breviarios podemos leer oraciones e invocaciones tales como estas:

“Amarga es para nosotros la vida, ¡oh Señor!, compadeceros de nosotros. Destruid, Señor, el yugo con que nos oprime el pueblo impío. Presta socorro a esta Ciudad: quitanos el yugo del cautiverio (Del Breviario citado por Camino y Velasco en su *Noticia histórico-cronológica de las familias mozárabes de Toledo*, fol. 45.21 (336).

De los Breviarios manuscritos existentes en la B. Nacional puede leerse: “Oh, Dios, que si te muestras irritado es para socorrer y si amenazas es para perdonar, tiende tu mano a los caídos y acude con tu múltiple misericordia a los que sufren para que nos veamos libres de la gente infiel que prevalecen contra nosotros” (Del nº 78, cpt 36, pág. 709). Y en el manuscrito nº 68 aparece esta otra: “Oh, Dios, que has querido que tu Iglesia crezca entre

las adversidades derriba la soberbia de los que trabajan contra ella y subyúgalos siendo propicios a la unidad de tu verdad”.

Su rezo e invocaciones en medio de tamaño ambiente político-social con la tolerancia de su práctica muestra el grado de interrogantes que la situación les permitía y la progresiva colaboración con los elementos influyentes de la corte en aras del desemboque final que perseguían.

La colaboración entre los elementos mozárabes con la corte de Yahia Alcádir en la etapa final que presidirá la conquista de Toledo cobra su mayor interés en el proceso del acuerdo logrado para la rendición de la ciudad cubriendo las apariencias en la connivencia de la corte respecto a mantener una resistencia que impidiese la temida venida de los africanos o del resto de los taifas.

El propio historiador y maestro arabista Levi Provencal confiesa y aclara dicho conocimiento del convenio tras el hallazgo y traducción que realizó de la parte 4^a de la obra “Dajira” de ben Bassam en la Biblioteca Fuad de El Cairo, en la que aparecen los capítulos destinados a la descripción de la conquista de Toledo que vienen a completar y redondear el pequeño resumen y detalles que se conocían a través de Al-Makkari en su obra Naft al-tib: (Analectes II, pág. 748).

La versión de los hechos, según Levi Provencal, se transcribe en su obra titulada Alfonso VI y la toma de Toledo transcrita en la Revista Hespérides (págs. 33-49), así como en la refundición que nuestro insigne Menéndez Pidal efectuó en su Crónica Adefonsus Imperator Toletanus Magnificus Triumphator (Colección Austral nº 172 y B.R.A.H. 1932, pág. 513-538, reimpresso en Historia y Epopeya, 1934), al relacionar el hallazgo de la 4^a parte de la Dajira de Ben Bassam con los clásicos textos de Ximénez de Rada en “De rebus Hispaniae” y las Memorias del rey Abdallab de Granada.

A través de la documentación citada conocemos las particularidades del convenio consistente en la simulación y prolongación de la resistencia de Toledo a cambio de entregar la ciudad y su reino con la condición de trasladar y asentar a Yahia Alcádir en el gobierno de Valencia.

Mientras se cubrían dichas apariencias de resistencia, el rey Alfonso ejercería su presión sobre el conjunto de la geografía toledana y cercanías de la ciudad intensificando sus correrías o algaras mortíferas para lograr exasperar en el mayor grado posible a

la población ante el cúmulo de incendios, destrucciones, pérdidas de cosechas, tala de campos, etc., que lógicamente agradaban el empobrecimiento general de la población y clamaban por la imposibilidad de pagar los impuestos a la vez que se inclinarian por el cese de tal estado de cosas gozando de la definitiva protección del rey Alfonso, ante el fracaso de la anterior intervención del rey Motawakill de Badajoz y negativa a verse sometidos a los africanos. De esta manera se conjugaba la acción proselitista de los mozárabes, su acción quintacolumnista a base de las informaciones y referencias para las acciones de fuerza alfonsinas, etc., cuyas referencias se hallan nítidamente acusadas en distintos fragmentos de crónicas y documentación. (7)

En el Cronicón de Andoval y en la Historia de los Mozárabes en España de Simonet podemos leer: “. . . Toletani miserut oratore ad regem Adefonsus ne intermitted ceptam Toleti obsedionem. Miserrunt Petrum Gometium, Barossum Almamún Didaci Muzárabes Toleti. . .”

Ximénez de Rada en su indispensable obra “De rebus Hispaniae”, lo describe así: “. . . ipsi (toletani) pressi dominio et cladius vicinorum regi Adefonsus nuntios destinarunt. . .” (El proceso de intervención se cita en el 1b VI, cap. XXII)

En otro de los pasaje se dice: “. . . et ei per nuntios supplicaverunt ut civitatem, quamvis inexpugnabilem, obsideret ur coacta pugna, colorem excusationis haberent cum ei traderent civitatem”.

En las fuentes árabes citadas se dan parecidos términos.

Consecuentemente, las correrías de Alfonso con su cortejo de destrucciones consiguieron ablandar el clima político-social de la población predisponiéndola al final deseado. La seguridad del rey Alfonso en el logro de su plan le llevó a titularse anticipadamente Emperador de Toledo firmándose como tal en una serie de documentos, según atestiguan las escrituras que se conservan del monasterio de Otigarriani dadas al de San Millán y las que J.M. Lacarra publicó en el Anuario de Historia del Derecho Español, VI 1929, pág. 78 y ss.

(7) Ibn Bassam en Al-Dajira, IV. Ximénez de Rada en De rebus Hispaniae, VI, XXII. Al Maqqari, trd. Gayangos.

El asedio de Toledo quedó formalizado desde el otoño de 1084.

Las tentativas de los elementos fanáticos empeñados en conseguir ayudas del resto de los taifas musulmanes fracasaron según se testimonia de manera inequívoca (8).

Las conversaciones propiamente dichas para la rendición concluyeron el 6 de mayo de 1085, aunque los preparativos para la salida de Alcádir hacia Valencia así como los de entrada en la Ciudad por parte de Alfonso determinarían que su entrada triunfal no tuviera lugar hasta el día 25 de mayo de 1085, fecha conmemorativa oficialmente de la reconquista.

Las condiciones de rendición aparecen fragmentariamente en diversos documentos al no conocerse hasta el presente el documento único y completo de las mismas, por más que incluso se refiera que el rey Alfonso otorgó su consentimiento a las mismas mediante la puesta de su mano derecha sobre el documento.

La misión "quintacolumnista" llevada a cabo por la minoría mozárabe toledana en auténtico anticipo de siglos al servicio del plan político-militar ideado por el rey Alfonso y sus consejeros, por cuanto se refiere a acciones psicológicas sistemáticas, intercambio de informaciones, influjo social y labor de convencimiento, contribución a la desmoralización y suma de voluntades en pro de la protección que la presencia y dominio del rey Alfonso presentaba, etc., ocultando, por parte de sus elementos más influyentes, acciones y labor de transcendencia pública para evitar mayores reacciones de los elementos fanáticos y sus seguidores, constituye un elemento de primer orden en la valoración de la reconquista de Toledo dentro del conjunto de factores y hechos que supuso la puesta en marcha y éxito del plan establecido.

De ahí, dada la participación y ayudas mozárabes, se derivaría la decisión del rey Alfonso de no imponer en Toledo los deseos unificadores del papa Gregorio VII en cuanto al rito latino litúrgico se refiere, al igual que venía realizándose en el resto de España, por cuanto la decidida oposición de la minoría mozárabe en orden

(8) Ibn Bassam en Al-Dajira, IV, pág. 127-28. Ximénez de Rada en De rebus Hispaniae, VI, XXII. Ibn al Kardabus, pag. 158. Inn Jaldún, trad. Barón de Slane, pág. 77, etc.

a desechar el ritual litúrgico heredado desde la propia irrupción árabe del 711 así como el deterioro político-social que podría introducirse en Toledo con la decepción que supondría para los mozárabes tras la ayuda prestada inclinaron claramente al rey Alfonso VI a autorizar el mantenimiento del antiguo rito hispano en las seis parroquias en las que habitualmente los mozárabes venían practicándolo en Toledo desde la ocupación árabe.

Los pormenores de dichas incidencias y sus repercusiones pueden estudiarse en reciente obra (9).

La firmeza de sus creencias y el influjo social alcanzado dentro del mundo musulmán toledano con un grado de identificación indudablemente más arraigado que en otras poblaciones, en virtud de las vicisitudes históricas compartidas y que hemos puesto de relieve, permitió a la minoría mozárabe toledana jugar un papel de primerísimo orden en la ansiada y trascendente aspiración de recuperar Toledo, la antigua capital nacional y símbolo espiritual bajo el que se incorporara la monarquía y pueblo visigodos al catolicismo.

Los contactos previos que sus dirigentes y figuras de relieve tuvieron con Alfonso VI a lo largo de su estancia de nueve meses gozando de la hospitalidad de Almamún y que tan valiosamente contribuyeron al conocimiento y valoración de posibilidades de recuperación de Toledo así como de las futuras ayudas y papel que la minoría mozárabe podría realizar en el desarrollo de la empresa, hallaron, pues, verdadero refrendo años más tarde a lo largo de los acontecimientos enumerados. Con independencia del hallazgo o conocimiento de mayor o menor aportación documental debemos ponderar en su justa medida la inmensa contribución aportada por la minoría mozárabe toledana en el ansiado objetivo de reconquista constituyendo el medio ideal de enlace con los propios designios de Alfonso VI, que su familiarización con el mundo musulmán facilitaba así como su dominio del idioma, extensión de posiciones sociales, comerciales, etc., consolidados a lo largo de las vicisitudes históricas compartidas en la lucha frente a Córdoba en unión de los principales dirigentes musulmanes locales.

(9) La reconquista de Toledo por Alfonso VI, de José Miranda Calvo. Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes. Toledo, 1980.

Por ello, conscientes de su papel e importancia no dudaron en exigir y obtener del rey Alfonso el mantenimiento de su secular rito litúrgico, el antiguo rito hispano observado y reglado por los Concilios de Toledo hasta la misma llegada de los árabes en el 711, puesto que para sus mentes era imposible asimilar su supresión por obra del rey cristiano al que habían ayudado con todas sus fuerzas y deseos en tanto que lo habían mantenido bajo la dominación del infiel. Con la misma determinación que actuaron en pro del rey Alfonso en aras de la reconquista de la ciudad no dudaron en oponerse a los designios papales de Gregorio VII traducidos en la conducta regia de Alfonso que tuvo que rendirse a la evidencia y mantener el equilibrio político-social, sin, tal vez, imaginar la transcendencia de su decisión que nos ha permitido conservar el tesoro litúrgico que entraña su supervivencia.

Finalmente, con independencia de nuestro respeto y admiración hacia aquella minoría mozárabe toledana por cuanto de entereza y sentido nacional conlleva en la defensa de su identidad y fe nacionales a lo largo de su convivencia histórica con el mundo musulmán, ha de sumarse el reconocimiento a su entrega y participación en el proceso de reconquista de la ciudad, cuya imaginada pormenorización de misiones, ayudas, etc., acarrearía indudables riesgos y privaciones que no dudaron en asumir y protagonizar a sabiendas de que con su propia liberación colaboraban en la consecución del máximo exponente reconquistador nacional, cual era entonces la conquista de Toledo.

JOSE MIRANDA CALVO

Numerario